

“SÓLO LA ENSEÑANZA CATÓLICA ES MEDIO FÁCIL SEGURO
PARA EL PROGRESO CIENTIFICO BAJO SUS VARIAS FORMAS”

DISCURSO

EN LA APERTURA ANUAL
DE LOS ESTUDIOS
DE LA UNIVERSIDAD DE MANILA

EL 2 DE JULIO DE 1872

POR

EL R. P. FR. MANUEL PUEBLA
DEL ÓRDEN DE PREDICADORES

PROFESOR DE FILOSOFÍA Y DIRECTOR DE COLEGIALES

EN LA MISMA UNIVERSIDAD

LA FE ES EL FUNDAMENTO...
Y EL CRITERIO DE LA CIENCIA.
CLEMENTE ALEJANDRINO.

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL
COLEGIO DE SANTO TOMÁS,
A CARGO DE A. AOIZ.

1872

Ilmo. Claustro:

Señores:

Honrosa e inmerecida distinción es para mí dirigir la palabra a una asamblea literaria, reunida para celebrar la solemne apertura de los estudios en este confín del mundo. Me siento a la verdad embarazado al sólo pensamiento de comisión tan elevada, superior, a no dudarlo, a mi talento que es exíguo, y a mis dotes oratorias humildes en grado sumo. Y ved aquí, Señores, porque siendo, a mi modo de pensar, el último de cuantos se honran con los emblemas del saber, y el postrero de los profesores de este centro literario, jamás hubiera osado elevarme a la altura de esta cátedra, a no mediar indicaciones respetables, a las que no era dable oponerme sin faltar a deberes muy sagrados. A ser posible, hubiera declinado de buen grado el alto honor que se me dispensa, y cedido el uso de la palabra a compañeros más avezados a estas empresas, desconocidas enteramente para quien os habla en este día. No pidáis elevación y profundidad a mis conceptos, galanura y majestad a mi frase, pero en cambio, si os place honrarme con vuestra atención unos momentos, escuchareis la verdad dicha con sencillez y con franqueza.

Terminada felizmente la enojosa tarea de un año de continuada asistencia a las aulas respectivas, de asidua aplicación a las variadas asignaturas de nuestro plan reglamentario, nos hallamos rodeados de una juventud, que descansada de las fatigas, viene a recibir el premio de su laboriosa aplicación, el galardón de sus desvelos, y a ostentar la palma conquistada en buena lid a costa de privaciones y sudores. Cuantos hayan recorrido paso a paso el escabroso camino de la ciencia y ponderado las dificultades que es preciso allanar; cuantos sepan que la juventud rara vez mira el porvenir por el prisma verdadero; cuantos conozcan finalmente las condiciones especiales del país en que vivimos y el ambiente que rodea a la juventud que frecuenta nuestras aulas, sabrán aquilatar el mérito de los jóvenes que con valiente corazón y atentos al cumplimiento del deber, han mirado con desdén las distracciones que alejan al escolar de sus estudios, y vienen hoy, serena la frente y henchido el corazón de gozo, a recibir los parabienes de esta ilustrada concurrencia. Me cabe, Señores, una satisfacción indescriptible al dar este público testimonio en favor de nuestros jóvenes alumnos, y auguro en su probada aplicación un brillante porvenir en su carrera literaria, sino se apartan del sendero, en buen hora comenzado, si envanecidos con los lauros obtenidos, no olvidan que no han ganado todavía la escarpada cima que los separa de la ciencia. Preciso es no desmayar en la carrera y, fijo el pensamiento en el venturoso porvenir que ha de coronar vuestros desvelos, dar de mano a entretenimientos juveniles, en manera alguna compatibles con el sosiego necesario a cuantos ambicionan el saber. Si a todos no se ha dado ganarse un nombre glorioso para hoy, vuestro es el día de mañana para colocaros a la altura de vuestros dignos compañeros, objeto, al presente, de admiración y de interés para esta ilustrada

academia y este público sensato, si no tenéis a menos imitar con noble emulación el ejemplo de su laboriosa estudiosidad.

El joven pundonoroso, el que sabe valorar las fatigas de cuantos toman parte en su educación religioso-literaria sentirá agitarse en su corazón un deseo inextinguible de nivelarse a lo que marca el deber, devolviendo de este modo con usura a la sociedad, a sus padres y a sus maestros, el fruto de sus fatigas y desvelos. Esto exigen de vosotros, esto espero de vuestros hidalgos sentimientos y me prometo a la vez, una eterna gratitud hacia esa nación grande, sin igual en los fastos de la historia, nuestra patria muy amada: la España, jóvenes alumnos, que cual madre cariñosa colocó en su regazo a vuestros padres cuando vagaban errantes por los bosques y soledades de estas Islas, y los trajo al redil del catolicismo. Jamás pueda decirse en las edades venideras que desconocéis los beneficios, que los encerráis bajo la negra losa del olvido; semejante proceder sería asaz abominable: es la ingratitud en grado sumo. Es un adagio lleno de sentido filosófico «que el ingrato es un monstruo abominable.»

El mundo moral como el físico, tiene marcadas leyes inmutables que es vedado traspasar a los mortales. Un ser que disuena del admirable concierto del mundo, que se aparta de la acostumbrada disposición de los que figuran en su esfera, es una aberración de la naturaleza, es un monstruo sólo capaz de producir horror y espanto en cuantos notan su torcida existencia. Y el ingrato, toda vez que pisotea las leyes que gobiernan el mundo moral, pervirtiendo el orden establecido entre el bienhechor y el que recibe el beneficio, es mirado con aversión en todas partes y tenido por lo más abominable de la tierra. Una perversión tan grande no puede tener cabida en vuestros nobles corazones, aleccionados de continuo por maestros de acrisolado patriotismo, amantes compañeros del indígena en las húmedas soledades de los bosques y en las llanuras templadas del poblado, y que animados de caridad, le adoctrinan con desinterés y son un vivo recuerdo del conducto por donde el Señor le comunica tanto bien. No es posible desconocer al bienhechor, pero cabe aquilatar más el valor del beneficio, y por ende arraigar la gratitud al recuerdo de lo que ha sido o debió ser el país en otros tiempos, y en la suposición de lo que fuera, si las naves españolas no hubieran hecho rumbo hacia estas playas, trayendo la civilización en los pliegues de su bandera inmaculada.

En la imposibilidad de apreciar uno por uno los inmensos beneficios de que se reconoce deudor el pueblo filipino, y no permitiendo un discurso de apertura abarcar los múltiples elementos de civilización importados por España a estas regiones oceánicas, me concretaré al que motiva nuestra reunión en este modesto paraninfo. Hablo, Señores, de la enseñanza científica, elemento vital de toda sociedad, manantial abundante de ventura, o germen tal vez fecundo de malestar y de discordia. Cuales fueren las bases y dirección de la enseñanza, tales serán los resultados de este ramo. Por dicha nuestra sabemos a qué atenernos en materia tan delicada. El Pontífice reinante,

el glorioso mártir del Vaticano, fiel guardador del sagrado depósito de la verdad, ha dicho a la faz de una sociedad desquiciada a consecuencia de una torcida enseñanza: (*) «Es indudable que la sociedad humana se aflige llena de gravísimos daños donde la instrucción pública y privada de la juventud, de donde nace en alto grado la felicidad de la sociedad civil y religiosa, carece de la autoridad moderadora de la Iglesia y de su acción saludable. De este modo se priva poco a poco a la sociedad humana de aquel espíritu cristiano, único que puede conservar sólidamente los fundamentos de la tranquilidad y del orden público, procurar y arreglar el verdadero y útil progreso de la civilización.... Una enseñanza que no sólo se limita a la ciencia de las cosas naturales y a los fines de la vida social y terrena, pero también se aparta de las verdades reveladas, cae inevitablemente en el espíritu de error y de mentira: y la educación que pretende formar, sin el socorro de la doctrina y de la ley moral cristiana, los espíritus y los corazones de los jóvenes, tan tiernos y tan susceptibles de ser encaminados al mal, tiene que engendrar forzosamente una raza entregada sin freno a las malas pasiones y al orgullo de su razón; y unas generaciones de este modo educadas no pueden menos de acarrear grandes calamidades a la familia y al Estado».

De aquí se desprende claramente la necesidad de establecer en los pueblos una enseñanza vaciada en el molde de la doctrina católica, única que puede labrar el bienestar de las naciones y ennoblecer las inteligencias, llevándolas sin tropiezo por el intrincado laberinto de la ciencia. Pío IX, al proclamar ante los pueblos el imperioso deber de constituir la enseñanza bajo la dirección y salvaguardia de la religión católica, no ha introducido novedad alguna en la doctrina: ha sólo fulminado sus anatemas contra la jactanciosa presunción de nuestro siglo, ganoso de divorciar la ciencia y la religión, y sancionar a todo trance la autonomía de la razón humana, emancipando la enseñanza de la autoridad y acción moderadora e ingerencia de la Iglesia: ingerencia que le compete en virtud del soberano magisterio recibido del Maestro de los hombres que la puso en posesión de los únicos principios que, al decir de un pensador de nuestra patria (*), tienen la secreta y maravillosa virtud de mantener todas las cosas en orden y concierto, y la de poner concierto y orden en todas las cosas. Y no se diga, que anatematiza a la ventura la enseñanza anti-católica; señala sus puntos vulnerables, sus tristes pero inevitables consecuencias y los fines siniestros de los modernos Licurgos, al realizar el proyecto de divorcio sacrílego. No hay salvación posible para la sociedad que, obedeciendo al principio de la autonomía bajo todas sus fases, organiza una enseñanza desligada del principio religioso: es depositaria de un elemento de trastorno y disolución, y una rémora para el adelanto de las ciencias. Sólo la enseñanza católica puede neutralizar los males de la sociedad, hacer felices a los pueblos, enaltecer las inteligencias por medio del saber, porque «SÓLO LA ENSEÑANZA CATÓLICA ES MEDIO FÁCIL Y SEGURO PARA EL PROGRESO CIENTÍFICO BAJO SUS VARIADAS FORMAS.»

Me voy a tomar la libertad de emitir algunas reflexiones sobre el tema que acabo de enunciar, redondeando postreramente el pensamiento con una palabra de gratitud a nuestra patria, que obedeciendo a sus instintos generosos, levantó de la postración al pueblo filipino y colocó la enseñanza en estas Islas bajo la salvaguardia del principio religioso.

Dios al estampar en el hombre el sello de su inteligencia soberana, le dio una capacidad ilimitada por parte de su objeto, un deseo inextinguible de saber. Participación de la inteligencia divina la razón humana, impresión de la luz divina en nuestras almas, rayo del foco luminoso que arranca de la verdad primera, no tiene marcados linderos a su pasmosa actividad. Lo que se manifiesta bajo las rudas envolturas de la materia y lo que participa de la condición de los seres alejados del mundo corporal; lo que tiene existencia real y lo que, encerrado en las profundidades de la omnipotencia, sólo tiene razón de ser en las ideas arquetipas de la razón divina; lo que subsiste en sí mismo y lo que disfruta de existencia prestada; cuanto oculta la tierra en sus entrañas o adorna su superficie; cuanto encierra la mar en sus senos insondables y el espacio en sus confines dilatados; el cielo, la tierra, los mares, la criatura, el Criador y el lazo misterioso que los une, todo finalmente cuanto participa de la razón universal de ser, forma y entra en el objeto del humano entendimiento. De esta perfección de nuestra mente se origina la innata propensión de todo hombre a la dulce y tranquila posesión de la verdad, mediante el ejercicio continuado de la facultad cognoscitiva. Y a la manera que el ojo busca solícito la luz que hace visibles los objetos, y el cuerpo la comida y la bebida que lo conservan y robustecen, la razón humana ansía la adquisición de la verdad, su natural mantenimiento, la busca sin descanso en su contorno, y llevada alguna vez de esta innata propensión, se extralimita, rebasa las fronteras levantadas por Dios entre lo finito e infinito y escucha la seductora voz del que le dice: «desmesurada es tu perfección, llegarás al colmo del saber fijando tu morada junto al trono del Altísimo, sorprenderás sus secretos velados al mortal hasta el presente, serás una perfecta semejanza del Señor, si tocas la fruta de ese árbol, y la gustas y la comes, y te sacias con el fruto, en mal hora entredicho para el hombre.»

Esta seducción realizada en las soledades del Edén, repetida en todo tiempo cuando el hombre se deja conducir por la soberbia, y más que nunca en nuestro siglo, que lo es del orgullo y del inmoderado deseo de ciencia, si pone de relieve la triste condición del hombre, patentiza a la vez el dicho común de los antiguos: «Todos los hombres tienen un innato deseo de saber, una inclinación consiguiente a su naturaleza racional.» La procedencia de toda natural inclinación hemos de buscarla en Dios que, al crear todas las cosas, las constituyó con sabia providencia y depositó en el fondo de cada una un principio de actividad de condiciones análogas a la naturaleza de los seres y a la misión que desempeñan en el mundo. El deseo de saber,

la necesidad apremiante de llegar al conocimiento de la verdad que se deja sentir en el humano entendimiento, tiene su origen primitivo en Dios, autor de la naturaleza racional y prudente gobernador del universo, que mueve suavemente a la hechura de sus manos hacia los fines privado y universal, para qué sea feliz a su manera y contribuya a entonar himnos de gloria y de alabanza al Supremo Hacedor que de nada la sacó para gloria de su nombre. Y si la razón del hombre se siente arrastrada hacia la verdad, como el cuerpo al mantenimiento corporal, como la piedra a su centro nativo, deberá por ventura vulgarizarse la ciencia y correr de mano en mano hasta convertirse en patrimonio de todos, y haremos de la sociedad una asamblea de sabios, un liceo universal? Así lo han pretendido los soñadores de los siglos que, ignorando las condiciones especiales de los hombres o afectando desconocerlas con el dañado intento de trastornar las sociedades a su antojo, vertieron esta semilla de perturbación entre las muchedumbres, soliviantando sus pasiones, fomentando aspiraciones imaginarias y utópicas para la mayoría de los hombres, sólo realizables por algunos de ingenio y capacidad, y alejados de los negocios de la vida.

Pero dado que la ciencia no pueda considerarse como patrimonio universal, a todos es dado atesorar los conocimientos indispensables para la vida material y moral del individuo. En la suposición de que la sociedad, a la manera de un cuerpo de grandes proporciones, se compone de miembros que desempeñan funciones variadas e indispensables, es preciso suponer en ella la existencia de hombres dedicados a investigar el porqué de los fenómenos, hallar las afinidades de los seres entre sí, y la relación que dicen a sus causas respectivas y a la causa universal; de hombres consagrados a perseguir al error, señalarle con el dedo a los demás y convertirse en paladines de la verdad; de hombres, finalmente, que cultiven el saber. Por donde, si la ciencia no es asequible para todos ni necesaria al individuo, lo es a no dudarlo para la sociedad.

Y siendo la enseñanza científica un procedimiento racional dirigido a facilitar el movimiento de la inteligencia humana en la investigación de la verdad, deber suyo es poner a disposición del individuo los medios de atesorar con desembarazo y sin peligro un rico caudal de conocimientos, señalar el punto de partida y el derrotero que debe seguir el humano entendimiento en su difícil excursión por el sendero que conduce a la ciencia, ser su guía fidelísimo y traerle al buen camino, si por desgracia se extravía. Bajo el concepto de elemento subsidiario de la razón humana, debe amoldarse a la regla inmutable a que obedece el desenvolvimiento de la facultad cognoscitiva, ley fundada en la índole de la naturaleza racional, y en el doble oficio de la potencia intelectual en orden a la verdad.

Ninguno medianamente versado en la *psicología* católica puede ignorar la doble denominación de nuestra mente, según la doble manera de revelar su facultad

pensadora. La *inteligencia y la razón* no significan dos facultades distintas radicadas en el alma racional, son dos manifestaciones originarias de un mismo principio intelectual, que ligado a la inteligencia soberana como inmediata derivación de la primera verdad, y en íntimas relaciones con la materia que vivifica con su vida, ha de reflejar forzosamente la actividad y perfección de la primera y la imperfección de la segunda. Como quiera que la perfección de la facultad cognoscitiva se halle en proporción con el grado de inmaterialidad del ser cognoscitivo, Dios infinito en perfección, inmutable, inmaterial en sumo grado, todo lo conoce en su esencia simplicísima con una mirada poderosa capaz de producir lo que no existe, cuando place a su soberana voluntad. La materia, último peldaño en la escala de los seres, múltiple, imperfecta, inactiva, es incapaz de conocer, es mudable bajo todos los conceptos y sólo así puede llegar a la perfección de que carece.

El humano entendimiento, por su proximidad con el divino, y en calidad de semejanza y participación de aquella luz increada que contiene las eternas razones de los seres, tiene una actividad extraordinaria, y es poderoso para despojar de las envolturas de la materia su objeto connatural, y convertir en manjar sabroso del espíritu lo que encierra la tosca corteza de los cuerpos. Determinada su inacción por una causa cualquiera, desenvuelve su energía, obra sobre las representaciones sensibles, las purifica de sus condiciones materiales, las ilumina con su luz y hace aparecer las primeras nociones de las cosas, las verdades fundamentales de la ciencia.

Es indudable que, si el hombre pudiera conocer todas las verdades con inmediata intuición, no se contarán a millares los extravíos del humano entendimiento. Mas esta manera de conocer no sería propia del hombre durante su peregrinación sobre la tierra, viéndose necesitado a descubrir la verdad por partes y entre celajes, mientras no llega la hora felicísima de contemplar al descubierto aquella luz esplendorosa, fuente de toda verdad y solución de todos los misterios de la ciencia. Es una pretensión irrealizable querer anticipar la futura dicha que esperarnos, como acontece por desgracia a los modernos *ontólogos*, a quienes parece natural la visión inmediata de nuestra alma en las ideas divinas, sistema absurdo por demás, toda vez que contradice a nuestra presente condición, y no puede alegar en su favor hecho alguno psicológico.

La ciencia es un edificio de altura inconmensurable que pretende levantar nuestra razón sobre bases inmovibles. Para llevar a término final un edificio que pueda desafiar a los recios vendavales, conviene ante todo abrir zanjás profundísimas y en ellas labrar un cimiento que no pueda falsearse por alguna de sus partes, y de tan marcada fortaleza; que la seguridad de su estructura sea una garantía del edificio. Éste pudiera flaquear, no obstante la inmovilidad de los cimientos, si la razón no preside al colocar los materiales, si no anda lista la plomada que marque la dirección, para que no se aparte del centro de gravedad; pues si llegara a suceder la colocación de

una piedra fuera de esta dirección, el edificio se falsea y se derrumba con peligro del mismo edificador. No de otra suerte el humano entendimiento, para levantar el edificio de sus conocimientos con facilidad, y seguro de no caer en el error o en la duda, sino antes bien coronarlo felizmente con la certeza racional, debe fundado sobre la base inmovible de los primeros principios cuya verdad indudable, reflejada en las deducciones, nos cerciora de la legitimidad del raciocinio. La verdad de las primeras nociones, en calidad de objeto connatural de la *inteligencia e* impresión de las *razones eternas*, es indemostrable y despidе fulgores de tal especie, que arrastra al entendimiento y le precisa felizmente a darle firme asenso, sin discusión, sin temor de equivocarse, apoyado como se halla en la certeza necesaria, infalible e innegable de los principios, a no abrazar el absurdo de negar el entendimiento humano y eliminar al mismo Dios, falseando su Providencia soberana.

Por más incontrovertible que sea la verdad de los primeros principios sobre los cuales descansa el edificio científico, y dada la imposibilidad de errar en orden a las nociones primordiales, todavía cabe desviarse en el procedimiento racional, si se aparta la mirada del punto de partida, si deja de examinarse la verdad del corolario a la luz inextinguible del principio generador. Como quiera que la estabilidad del raciocinio dependa de la certeza del principio naturalmente conocido, el criterio para distinguir la verdad de las conclusiones deducidas hemos de buscarlo en la relación entre estas verdades y las nociones primeras, y si por una serie de procedimientos se llegara a un corolario en contradicción con el principio, puede asegurarse con certeza la ilegitimidad del raciocinio.

Más conocida, Señores, la insuficiencia de la razón humana para resolver el problema científico en todas las esferas del saber, y proclamada la necesidad de la enseñanza como elemento auxiliar, a condición de amoldarse a la índole de la humana naturaleza, sólo resta demostrar que la enseñanza católica es la única que toma en cuenta el procedimiento natural de la razón para seguir sus pisadas. Una ligera aplicación de las doctrinas sentadas bastará a mi juicio para demostrar esta verdad.

Ante todo se ocurre a cualquiera preguntar, ¿Qué entendemos por enseñanza católica? Es aquella que se conforma a la doctrina revelada por Dios en el principio de los tiempos, transmitida por los patriarcas, conservada por el pueblo escogido, que recibió su perfección en Jesucristo y fue confiada a la Iglesia regida por pastores infalibles, para que, difundida por el mundo, adoctrinase las gentes, formase el corazón y la inteligencia de los hombres, levantando sus miradas hacia los fines inmortales para que fueron creados. Es la que tomando en cuenta las decisiones de la Iglesia, firme alcázar de la verdad y del bien, formula sus teorías al tenor del principio revelado, osea sin oposición a este principio. Y concretándola al terreno de la ciencia, como ha

dicho una reciente publicación de nuestra patria: « La enseñanza católica es aquella que enseña y respeta como verdades indiscutibles todos los principios definidos por la Iglesia, la que, partiendo de estos principios como de axiomas fundamentales, y tomándolos por luz y guía en las excursiones del entendimiento y por regla segura de criterio en sus juicios, resuelve por ellos los problemas de la ciencia y de la historia, y cuantas cuestiones pueden presentarse en el sucesivo desarrollo de los conocimientos humanos, admitiendo todo lo que de dichos principios se deduce, y rechazando con resolución, libre de miedo y de mundanos miramientos, todo lo que les es opuesto.» Había proclamado esta verdad bajo frases más concisas el profundo apologista, Clemente Alejandrino, al sostener contra los racionalistas de su tiempo el divino enlace que existe entre la fe y el conocimiento racional, llamando a la primera *fundamento... y criterio de la ciencia*. Sirve la doctrina revelada de pedestal al edificio científico, poniendo en posesión de la inteligencia las nociones fundamentales; y es la piedra de toque para discernir la verdad o falsedad de los procedimientos racionales, prescribiendo a la razón la necesidad de ajustar sus deducciones a la verdad infalible y de no chocar con su criterio, so pena de no llegar nunca a la posesión completa de la verdadera ciencia. Sin esa luz superior no sería fácil ni hacedero aun el conocimiento de las cosas que son objeto peculiar de las ciencias filosóficas, físicas y naturales, que sólo después de mucho tiempo y con mezcla de muchos errores, podría el hombre vislumbrar con su razón abandonada a sus esfuerzos. Esta es una verdad incontestable que nos ha sido demostrada por la experiencia de los siglos.

¿Cuál es la noble ambición del hombre pensador que consume las fuerzas y la salud en las investigaciones de la ciencia? No otra que atesorar el rico patrimonio de la verdad, o sea el conocimiento de la realidad de las cosas, subiendo hasta sus mismos principios. Tres son los principios en donde se ha de buscar la razón de la existencia en toda realidad: *Dios, el mundo y el hombre*. Dios como causa primera, absoluta y universalísima de todo cuanto existe, es solución inefable de todos los problemas, base y remate de todo conocimiento racional, de todo progreso verdadero. El mundo, en general considerado, es también a su manera principio causador del conocimiento de los seres, en cuanto revela las nociones generales de las cosas que lo constituyen y el lazo misterioso que las une. Y como la solución racional de los problemas relativos a Dios y al mundo, se verifica en el hombre, y él encierra también las perfecciones diseminadas en toda la creación, su conocimiento entra a su vez en el objeto de la ciencia. Campo extenso en demasía, carrera ciertamente interminable, si hubiera de correrla el humano entendimiento con las fuerzas naturales.

Dios que hace las cosas en *número, peso y medida*, y las constituye perfectas en su línea y provistas de los medios necesarios al fin que les marcara en su sabia Providencia, al constituir al primer hombre padre y doctor de todos sus descendientes, le formó perfecto en el cuerpo y en el alma, haciéndole graciosa donación de los conocimientos

necesarios para la vida natural y sobrenatural que disfrutaba. En relaciones amigables con el Supremo Hacedor, conocía a las claras su existencia revelada en las obras de sus manos, y con las luces de su razón llegó a penetrar muchos misterios escondidos en el seno de la naturaleza, que no es dable conocer a cualquier hombre abandonado a los recursos de su razón debilitada por la culpa. Tenía a su vez conocimiento de los divinos atributos, no ignoraba que Dios es un ser perfectísimo, infinito, inmaterial, eterno y omnipotente que, feliz y venturoso en sumo grado, derrama graciosamente la bondad de que rebosa, y gobierna sabiamente lo criado.

Colocado el hombre sobre todo cuanto descubre nuestra mirada, y hecho rey de lo criado en el orden material, puso el Señor bajo sus plantas todas las obras de sus manos, como nos dice el Real Profeta: «las ovejas y los bueyes, los animales que vagan por la tierra, las aves del cielo y los peces que cruzan los ocultos senderos de la mar.» Bajo este concepto debió el hombre tener conocimiento de los seres sujetos a su dominio, de su naturaleza respectiva, de las leyes que rigen sus movimientos, de las mutuas relaciones entre sí y con el Hacedor Supremo, el cual hizo resonar su voz en los abismos insondables de la nada, llamando a los seres que no existían al banquete universal de la existencia, y aparecieron los cielos, la tierra y los mares y cuanto en ellos se contiene, no como emanaciones naturales o por una necesaria evolución de la divina sustancia, sino salido todo de la nada a la voz imperiosa y voluntaria de su Hacedor omnipotente.

Fuele dado al mismo tiempo el perfecto conocimiento de sí mismo en su doble elemento de cuerpo material y corruptible, y alma racional, espiritual e inmortal, creada a imagen y semejanza del Altísimo, y destinada a gozar eternamente de una felicidad inenarrable, mediante el libre ejercicio de sus facultades ayudadas de lo alto para llenar cumplidamente los mandatos del Señor esculpidos en su corazón, o aprendidos de boca del grande Jehovah. Sabedor de la nobleza de su estirpe y sublimidad de su destino, había conocido también por una triste experiencia de sí mismo, que amado del Señor como hijo queridísimo y elevado por su mano bienhechora a una ventura suprema, habíale pagado tanto bien con negra ingratitud desoyendo la voz de su Hacedor, pisoteando su santo mandamiento, y que precipitado por su orgullo en el abismo del crimen, había perdido la rica herencia del cielo, y héchose tributario de la muerte, viéndose despojado en tal concepto de los atavíos de la gracia y roto el freno que contenía las pasiones; además de tener que lamentar notables heridas en las nobles facultades de su alma. Y hubiera sido tolerable su desgracia, si, circunscrita en su persona, no se hubiera transmitido a toda su descendencia; mas viciada su constitución moral por este primer pecado, vio inoculada su desdicha en sus hijos sin ventura, en testimonio palpable del enojo del Altísimo, terrible y espantador como el bravo mugir de la tormenta. Al mismo tiempo que el Señor se le manifestara tan airado, le revelaba el tesoro de sus misericordias infinitas y le hacía esperar que

levantaría los anatemas fulminados contra el linaje de los hombres, cuando éstos se le humillasen, le rindiesen adoración y ofreciesen en los altares las víctimas designadas por El mismo, en figura de aquella víctima prometida para allanar con su sangre las fronteras levantadas entre la tierra y el cielo. Se le había enseñado, finalmente, todos los dogmas y preceptos de la religión revelada, y érale conocido cuanto necesita el hombre para vivir en sociedad.

He relatado brevemente las nociones primordiales de la ciencia bajo su acepción más general, y pudiera detenerme a referir otras muchas tradiciones enseñadas por Dios al primer hombre, y convertidas en patrimonio inalienable del linaje de los hombres. Adán, en cumplimiento de su deber como maestro de su futura descendencia, las trasmitió a sus hijos junto con el sacerdocio y la verdadera religión, e íntegras se conservaron hasta los tiempos del diluvio por la reciente memoria de la creación, toda vez que el patriarca Noé pudo escuchar por espacio de seis siglos las lecciones de Mathusalem, quien habia vivido con nuestro padre primero por más de doscientos años. Llegado el tiempo de la famosa dispersión se las llevaron consigo los pobladores de la tierra, y los cabezas de familia, revestidos del sacerdocio y magisterio, eran los custodios de este rico tesoro de conocimientos. Alejados empero de la fuente, y entregados a la corrupción mas espantable, falsearon la religión, fabricando a su capricho divinidades sin cuento; palideció la luz de la razón con las densas nubes levantadas por la concupiscencia de la carne, y fue necesaria la formación de un pueblo escogido que fuese custodio fiel de la verdadera religión, y con ella de las antiguas tradiciones.

Quien considere atentamente la marcha sucesiva de los siglos notará sin dificultad que la religión fué el santuario en donde se refugiaron las ciencias, y los sacerdotes sus fieles guardadores: señal evidente de que entraba en los planes de la divina Providencia el salvar los tristes restos de las verdades primitivas al amparo del sacerdocio y de los templos. Y si esto acontecía entre los pueblos gentiles, no es de maravillar la misión señalada al pueblo de Israel, y posteriormente a la Iglesia de Jesucristo y a sus Pontífices sagrados de custodiar los monumentos de la ciencia junto con la religión verdadera. La razón humana es ciertamente una facultad de nuestra naturaleza; es una fuerza vital, es una luz; pero no se olvide que es la más imperfecta en la línea de las facultades intelectivas, que está subordinada a otra fuerza superior, y que su luz es muy pálida para que pueda difundir su claridad en los inmensos horizontes de la ciencia natural. Puede por lo tanto la luz de la razón descubrir algunas verdades, no saliendo de su esfera; puede conocer la existencia Dios por las obras de sus manos; no se le niega la potencia de atesorar otros conocimientos de esta especie; esto no obstante, la experiencia ha demostrado hasta dónde alcanza el hombre abandonado a sus fuerzas naturales, y nos cabe la desgracia de que nos haya transmitido la historia los desvaríos y aberraciones de los sabios sobre

los mismos axiomas de la ciencia, y apesar de los fulgores de la primitiva revelación difundidos hasta en los pueblos paganos. Indicio manifiesto de la insuficiencia de la razón natural para resolver los problemas de la ciencia, triste experiencia de su infidelidad para conserva el depósito de las nociones primordiales. O había de faltar la Providencia sobre el hombre, o hemos de suponer sobre la tierra un arca santa en donde pueda guarecerse el germen de la ciencia, y un diestro piloto que rija la nave y la salve en la desecha tempestad del error o de la duda. Por dicha nuestra tenemos en la Iglesia el arca santa, tenemos en sus Pontífices los pilotos que la rigen y nos cabe además, la seguridad, garantida por la palabra de Dios, de la existencia perdurable del santo alcázar de las divinas tradiciones. En cumplimiento de su divina misión la Iglesia y sus Pontífices han puesto bajo la salvaguardia del principio revelado las nociones de la ciencia, y lanzado sus anatemas contra los innovadores de los siglos. Ejemplo reciente Pío IX y el Concilio Vaticano, marcando con el sello de reprobación los desvaríos de los hombres de nuestro tiempo, que llevados en alas de su orgullo pensaron neciamente levantar sobre su flaca razón el edificio colosal de la ciencia, y sólo fueron capaces de empañar las nociones mismas sobre Dios, el hombre y el mundo, sabidas por el niño que estudia el catecismo.

Y no se vaya a pensar que la enseñanza católica, al levantar el edificio científico sobre la piedra angular de las antiguas tradiciones conservadas y esclarecidas por la revelación del cristianismo, desconozca el doble orden de conocimiento distinto en su principio y objeto, borrando con este proceder las barreras levantadas entre la fe y la razón. Al seguir esta marcha, se manifiesta conocedora de su perfecta distinción y del influjo poderoso ejercido por la una en beneficio del perfecto desarrollo de la otra, estableciendo de esta manera el cimiento para el perfecto acuerdo entre la razón natural y el principio revelado, que es el gran secreto de la ciencia. El principio revelado propone a la creencia universal misterios ocultos en Dios, autor de nuestra fe; pero como ésta no sea un ciego movimiento del espíritu, sino un racional asentimiento a verdades enseñadas por el que no puede faltar a su palabra, dada la imposibilidad de percibir estas verdades con la luz de la razón, puede no obstante demostrar los fundamentos en que se apoyan sus creencias. Plugo además a la clemencia y bondad inefable del Señor, proponer a nuestra fe verdades que no superan las luces naturales de la razón humana; pero que atendido el estado presente de los hombres, no era posible llegar a poseerlas con facilidad y con certeza. Estas verdades, como quiera que se hallen colocadas en la esfera natural, pueden ser examinadas por el humano entendimiento ilustrado por la revelación, no para dudar de su existencia, sino para sobre ellas remontarse a ulteriores conocimientos. La enseñanza católica, al exigir asentimiento a estas nociones primordiales, que no pudiera descubrir la razón con facilidad y sin mezcla de error, lejos de violentar nuestro entendimiento, se acomoda a su naturaleza, prescribiéndole una fe necesaria en todos los negocios, y sin la cual no se pudiera vivir en este mundo. (*)

No ha terminado, sin embargo, la misión de la enseñanza católica. Profundos son los cimientos, ancha la base sobre que hace descansar los conocimientos racionales; no están fundados sobre la movediza arena del empirismo o de la duda, y cabe, sin embargo, todavía en lo posible fabricar un sistema ruinoso que se derrumbe en perjuicio de la ciencia. Tomando como punto de partida los principios indiscutibles de que hemos hecho mención, puede llegarse a una conclusión errada por haberse desviado el hilo del raciocinio, y tomándose en el decurso como verdad indudable lo que es un error encubierto. Y qué remedio para obviar estas dificultades que entorpecen el vuelo de la inteligencia y lo abaten hasta el suelo? No otro que no perder de vista el sol de las inteligencias; pues aunque la revelación esté por encima de la razón, no puede existir entre las dos antagonismo, se ayudan por el contrario mutuamente; pues la fe sostiene la razón para que no desfallezca ni se extravíe en su camino, difundiendo sus divinos resplandores por el vasto campo de la ciencia, y poniendo las deducciones a cubierto del error o de la duda. Las verdades reveladas no pueden ponerse en tela de discusión, toda vez que se hallan al amparo de la autoridad de Dios, a no abrazar el absurdo de suponerle autor de la mentira. Mas como quiera que Dios mismo, que ha revelado los misterios, sea quien haya encendido en nuestras almas la antorcha de la razón, si por una serie de procedimientos se llegara a una conclusión opuesta a los principios revelados, no puede dudarse de su falsedad. Y como, atendida la debilidad de nuestra mente, sea muy fácil desviarse de los principios sentados, de ahí la necesidad de examinar las deducciones a la luz del principio revelado para desdecirse desde luego y dar otro rumbo al pensamiento. Esto que es indisputable en la ciencia teológica, es también una verdad de aplicación necesaria a las ciencias filosóficas.

La subordinación de nuestra mente al principio revelado no anula en manera alguna el raciocinio, toda vez que es un auxiliar recibido de Dios mismo para suplir los defectos inherentes al humano entendimiento: es una gracia del Señor, y la gracia no se da en perjuicio de los dones naturales, sino para llevarlos a mayor perfeccionamiento. El hombre ha recibido la facultad de remontarse a la región serena de las causas; el trayecto que ha de recorrer es muy dificultoso, las sombras de la ignorancia embargan su movimiento, carece de seguro guía y está expuesto a no llegar nunca a la posesión de la verdad, o adquirirla enturbiada con el error o la duda, si acomete esta empresa por las fuerzas naturales alejando su mirada del principio revelado. Pero tome a éste como antorcha esplendorosa y como fiel conductor en el viaje de su razón, no le pierda de vista al levantar el edificio y le cabrá la dicha inefable de llegar con expedición y seguridad al término codiciado, y coronar felizmente el sólido edificio de sus conocimientos racionales.

He llegado, Señores, al término final de mi discurso. Réstame sólo condensar los pensamientos esparcidos e indicar el enlace de sus partes, para que de una mirada

se vea evidenciado el tema que me propuse desarrollar. Trazado estaba el plan en un sencillo pensamiento: «SÓLO LA ENSEÑANZA CATÓLICA, decía, ES MEDIO FÁCIL Y SEGURO PARA EL PROGRESO CIENTÍFICO EN SUS VARIADAS FORMAS.»

La verdad es la compañera inseparable del hombre: ella colina sus deseos, ahuyenta los pesares de su alma, le hace llevadera esta vida de quebrantos, y por esto la busca afanoso en todas partes, mientras no le cabe la dicha de abrazar la suprema e inmutable verdad, blanco de sus aspiraciones incesantes. La verdad científica puede llegar a ser patrimonio del espíritu por dos actos diferentes de la facultad intelectual: *la evidencia y el discurso*. Las verdades de evidencia son contadas: la manera connatural de acumular conocimientos es el desarrollo del entendimiento, o sea el raciocinio basado en nociones sabidas de antemano: y como la ciencia sea el ordenado conjunto de nociones homogéneas subordinadas a un principio, es procedente deducir que el raciocinio sea ley de todo progreso científico.

El movimiento natural de la razón no basta sin embargo, para resolver el complejo problema de la ciencia: debe allegarse la enseñanza como elemento subsidiario. La enseñanza se compara al movimiento natural de la razón, dice el Angélico Maestro, como el arte a la naturaleza; el arte debe imitar a la naturaleza: luego la enseñanza debe proceder de un modo paralelo al movimiento natural de la razón. Sólo la enseñanza católica se acomoda al orden de la naturaleza; luego ella sola reúne las condiciones de método directivo de la mente, y es deber auxiliarla para que pueda recorrer con desembarazo y seguridad todo el camino que necesita para conseguir la ciencia.

Resumiendo en dos palabras cuanto se ha dicho relativo al procedimiento natural del humano entendimiento en la investigación cierta y evidente de las últimas razones de las cosas, será fácil establecer el paralelo. Siendo condición indispensable de todo conocimiento científico el acto discursivo de la facultad intelectual, la certeza de aquel está ligada con la rectitud del movimiento racional. El movimiento, si ha de tener la garantía de medio fácil y seguro que conduzca al viandante al término deseado, debe comenzar en punto no sujeto a mutación y no alejarse de la dirección señalada por el punto de partida. El raciocinio, en consecuencia, debe contar con una base incapaz de ser alterada por el error o la duda, y a la vez con un criterio, una regla a la cual deba ajustarse. La base son los primeros principios, y la regla y criterio son ellos mismos decidiendo la legitimidad del raciocinio por la luz que difunden hasta las conclusiones más remotas.

La enseñanza católica toda vez que se extiende a todas las esferas del saber, cuenta con las nociones primordiales de Dios, el mundo y el hombre, síntesis de todos los conocimientos, y sobre ellas como puntos cardinales gira libre y seguro

el movimiento de la razón, siempre que no pierda de vista esas nociones que son el fanal de salvación en el borrascoso mar del pensamiento. Estas nociones se hallan a cubierto de la duda, no pueden ser alteradas con el tiempo ni pueden ser traídas por el hombre a la arena de la discusión. Enseñadas por Dios al primer hombre, se han convertido en patrimonio de la humanidad y conservado al amparo de la religión revelada. La verdad de estas nociones descansa sobre un cimiento incontestable, toda vez que caen dentro del principio revelado, y éste, garantido con la palabra infalible del Señor, produce en nuestra mente un asentimiento racional. Convencida la enseñanza católica de la certeza de estos principios, los toma como base de todo progreso científico, y de ellos como, de axiomas incontrovertibles hace partir los conocimientos racionales.

Mas, como quiera que, tomando estos principios como base todavía puede el entendimiento equivocarse al sacar las conclusiones la enseñanza católica, toma también a estos principios, en cuanto son conocidos por la luz de la razón, como seguro criterio en las investigaciones, examina al resplandor de su fulgor las deducciones, y no hallándose en armonía con ellos, deshace su camino. De suerte que toda la economía de la enseñanza católica en el progreso científico se reduce a prestar asentimiento a las verdades recibidas por divina revelación, y sin perderlas de vista, remontar el pensamiento a las regiones de la ciencia. Este proceder de la enseñanza católica es paralelo al movimiento natural de la razón: LUEGO LA ENSEÑANZA CATÓLICA ES MEDIO FÁCIL Y SEGURO PARA EL PROGRESO CIENTÍFICO EN SUS VARIADAS FORMAS.

No hay salvación posible para la sociedad que organiza una enseñanza desligada del principio religioso: es depositaria de un elemento de trastorno y disolución; de una rémora para el adelanto de la ciencia: así me expresaba antes de establecer el tema de mi discurso. La enseñanza en la sociedad es el magisterio en donde se forma la inteligencia y el corazón de la juventud, que es la sociedad del porvenir.

La enseñanza, puesta bajo el amparo del principio revelado, es bálsamo saludable que cura las dolencias de las sociedades heridas por doctrinas deletéreas. Ella sólo conduce a las claras regiones de la ciencia, subordina lo temporal a lo eterno, une los hombres con el lazo suave de la caridad, enseña a respetar por conciencia al poder constituido, a éste a ocuparse en el bienestar de los subordinados: es, por consiguiente, un germen fecundo de civilización y de progreso verdadero.

Jóvenes filipinos, habéis tenido ocasión de conocer las ventajas de la enseñanza católica. Pues haced cuenta que este es uno de los muchos elementos de civilización, traídos a estas tierras de bendición por la España. Esta nación sin igual, ha sacrificado sus intereses y sus hijos para labrar vuestra ventura, y levantarlos al nivel de los pueblos civilizados. Reflexionad con detención la situación de este

país al comienzo del siglo diez y seis, y examinad cómo se encuentra al presente: que os diga la historia y la razón cual ha sido el genio benéfico que derramó entre vosotros sus bondades, y después.... dejad al corazón que hable su lenguaje natural. No es posible deslindar el grado de cultura de los pobladores de estas Islas en siglos anteriores al feliz descubrimiento: es un misterio oculto por el velo de la fábula, y no puede alegarse otro testigo a no ser el mudo lenguaje de los troncos seculares que vejetan en Luzón y en las Islas convecinas. A juzgar por las tribus no amansadas todavía y por lo observado al descubrir estas regiones, la cultura que debieron tener en algún tiempo debió decrecer rápidamente, hasta dejar a unas tribus sumidas en la barbarie «que parecían mas fieras que hombres, de costumbres extremadamente bárbaras, que andaban y habitaban los montes, silvestres y desnudos», y a otras, aunque agrupadas en rancherías, degradadas, sin otra ley que la fuerza que «era la árbitra en tales congregaciones», y envueltas en «tantas supersticiones y errores que obscurecían la poca luz de la razón natural.» (*)

Incapaces los moradores de estas tierras de levantarse del sueño del error y de ignorancia que dormían, eran todavía infelices, siglos después que otras naciones y otros pueblos disfrutaban de ventura bajo la égida salvadora del catolicismo, bebiendo en sus fuentes cristalinas el agua de la verdad bajo sus múltiples manifestaciones, y apagando la sed ardiente de ciencia que devora a los mortales. No había sonado la hora señalada en los ocultos decretos del Señor para el cumplimiento de sus fines inmortales con el pueblo filipino, ni indicándose el canal que los llenara de sus gracias y atrajese al concierto de las naciones civilizadas. Avanzan empero los siglos, aparece el diez y seis y la nación española: la tierra de Sagunto y de Numancia, de Recaredo de los Alfonsos, Fernandos y de Isabel la Católica lanza sus naves al Océano, no llevada del humano interés, sino tocada de lo alto para llenar su misión providencial sobre la tierra, atrayendo un nuevo pueblo a la religión de Jesucristo e incorporándolo al resto de los civilizados por la cruz.

Que la nación española tremolara su bandera en estas playas en beneficio del país os lo revelan dos hechos de vuestra historia, que ambos simbolizan una idea: la de poner este país bajo la salvaguardia del principio religioso, y sobre él asentar el edificio de vuestra civilización. Hablo, jóvenes filipinos, de la conducta observada por Magallanes y Legaspi en Butuan y Manila. Ni Magallanes, al pisar el suelo ardoroso de Caraga, ni Legaspi al posesionarse del terreno pantanoso de Manila, inauguraron la dominación española en Filipinas con el estampido del cañón, o abriendo las zanjas de un centro comercial a semejanza de otras naciones europeas. Depuesta la bravura de corazones avezados al fragor de las batallas, a usanza del piadoso descubridor del nuevo mundo, dieron ejemplo a sus soldados del sentimiento religioso, que tan bien dice en los guerreros; rindieron gracias al Señor que había colmado sus deseos, levantaron un altar bajo el bello dosel del firmamento, y en él se celebró por vez

primera el incruento sacrificio del Calvario, queriendo solemnizar con ceremonia tan augusta la posesión tomada por España en nombre del que dijo: « Al ser levantado de la tierra haré venir hacia mí todas las cosas. »

Si la España hubiera tenido las miras de explotar al pueblo filipino, no le hubiera educado en la religión ni dilatado los horizontes del saber abriendo al soplo del catolicismo nuevos centros de cultura: hubiéralo dejado sumido en la degradación, para de este modo aprovecharse mejor de su trabajo. Parad mientes en otros pueblos vecinos que no tuvieron la dicha de acogerse al pabellón castellano, y notaréis la inmensa distancia que de ellos os separa, y sabréis que ningún pueblo malayo es tan feliz ni tan libre, en la católica acepción de la palabra, como lo es el pueblo filipino. Quizá encontraréis algún fabuloso invento del ingenio encaminado a fomentar el progreso material; pero como quiera que el hombre no ha nacido para los goces de la carne; que el progreso moral está relegado de esos pueblos por faltar la religión que los armonice y los ordene, los adelantos de la industria, lejos de ser una fuente de ventura, son un manantial de decadencia. Y dado caso que fueran un adelanto, ¿qué ventajas reporta el natural, a qué grado de ilustración se halla la porción mas levantada de su ser? Condenado a no levantar los ojos del terruño, tenido como colono en la tierra en que nació, se le exige un pesado vasallaje y el fruto de sus fatigas lo reciben otras gentes. En cambio se les deja la libertad de vivir a su manera, de vejetar en la barbarie e ignorancia, de manchar sus manos con horrendas hecatombes, mientras entreguen a su tiempo los fardos de mercancías codiciadas que se les tiene señalados de antemano.

La España en Filipinas ha desarrollado su autoridad para proteger al natural en sus hogares y en los campos; le busca errante entre horrendos precipicios y bosques inaccesibles, para hacerle gustar las delicias de la vida social; le patrocina de enemigos que maquinan su desgracia, le estimula al cultivo de una tierra bendecida por el cielo, y tranquilo le deja en posesión del trabajo de sus manos. Le gobierna patriarcalmente por leyes que son el asombro de los siglos; hale enseñado cuanto saben sus hijos, y de hombre errante por los bosques o agrupado en forzadas rancherías, le ha convertido en hombre civilizado, le trata con más blandura que al español en su país: es finalmente, el natural de estas regiones, un hijo mimado de la España, y nada le exige en retorno sino una señal de sumisión a su paternal autoridad, y la gratitud y lealtad que es atmósfera vital de nobles e hidalgos corazones.

HE DICHO.